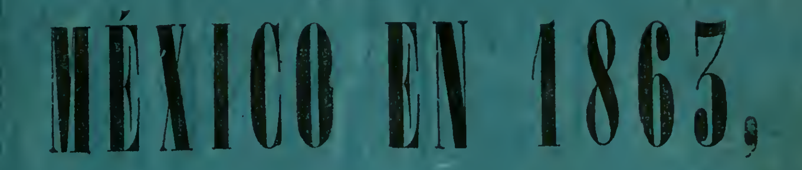


MÉXICO EN 1863,

POR EL CORONEL

D. Rafael B. de la Colina.

PUEBLA.

Tipografia de TOMAS F. NEVE y Ca. Morados núm. 9.

1863.



Rafl. B. de la Colina

Litog de Neve -Puebla

MEXICO

EN 1863.

POR

el coronel D. Rafael B. de la Colina.

PUEBLA.

Tipografia de TOMAS F. NEVE y Ca., Morados núm. 9.

1863.

Frank Porter, Puebla, Mex.

(125.)

INTRODUCCION.

Un suceso providencial está pasando á la vista del mundo en estas apartadas y ricas regiones de la América.

La joya mas preciosa del nuevo continente; la desgraciada y opulenta México; presa de la mas espantosa demagógia; devorada por la mas bárbara y brutal de las revoluciones; sin templos, sin leyes, sin religion y sin moral, se siente de inproviso herida como Saulo por una fulgente y deslumbradora vision, y exclama como el mismo Apóstol: *¿Señor, qué quieres que haga?* Y estas palabras que revelan la mano misericordiosa de Dios; estas palabras que llevan en sí el término de tanta desventura, encuentran su respuesta en las misteriosas voces que oyó el grande Aurelio, en los solemnes momentos que precedieron á su conversion: "*Toma y lee.*"

Pero ¿cuál será el libro, cuya sana doctrina y máximas saludables de virtud y vida, pueda traer á esta sociedad desgarrada y moribunda el bálsamo de los consuelos, el remedio de los males que la aquejan? Volvamos la vista á lo que fuimos, fijémosla en lo que somos, y en esa

lúgubre historia de locuras y crímenes, de sangre y devastacion con que hemos escandalizado al mundo, encontraremos sin duda las lecciones que el cielo, en su enojo, nos ha dado para nuestra amarga, pero provechosa enseñanza.

La revolucion ha pasado sobre nosotros como pasa el *simoun* sobre los peregrinos del desierto, sembrando por donde quiera la desolacion y la muerte. A su venenoso y ardiente soplo han desaparecido, ya no solo las débiles y quebradizas cañas, sino aun las encumbradas y robustas encinas que desafiaban las tempestades....! ¡Dichosos, ay, los que en medio de tantos desastres, no han perdido nunca la fé en la Providencia, y esperando y confiando en Dios, se han dejado llevar por las olas de esta mar embravecida, hasta poder abrazarse con las salvadoras playas que ya casi tocamos!

PRIMERA PARTE.

¡Inconsecuencia lamentable! Clamamos progreso, adelanto!; y la vana filosofia moderna pretende destruir el Cristianismo, haciendo retroceder al mundo diez y nueve siglos, y lanzándolo en este ímpetu retrógrado hasta los tiempos de Epicuro para sumirlo en la duda y en el sensualismo.

C. Cantu—*Hist. Univer.*

I.

Trabajada horriblemente nuestra sociedad por todos los males que traen consigo la revolucion, la inmoralidad y la indiferencia religiosa; México parecia tocar ya el borde del sepulcro; y aun los menos avisados se atrevian á presagiar la prócsima muerte de un pueblo, jóven sin duda, pero gastado lentamente por el corrosivo veneno de la incredulidad y la licencia. Sin paz en el interior; desacreditado y sin nombre entre las demás naciones de la tierra; muerto el espíritu público; oprimido feroz-

mente el religioso; sin Dios, sin moral y sin mas ley que el capricho de unos imbéciles y sanguinarios mandarines; ¿adónde iria á parar este desventurado pueblo, sino á la pérdida de su independencia, al abismo de su deshonra, al desaparecimiento, en fin, del centinela avanzado de la raza latina en este nuevo y riquísimo continente? ¡Y éste pueblo, sin embargo, contaba con tantos elementos de vida! ¡Habia comenzado su existencia política bajo tan bellos y alhagüeños auspicios! ¡Fué saludado á su aparecimiento como nacion independiente con tanta alegría, con tanto entusiasmo! ¿Por qué, pues, México, la opulenta y poderosa reina de Occidente, la perla preciosa del mundo de Colon, la vírgen señora de la América, se sentia morir en todo el vigor de su juventud, en lo mas florido de sus años? ¿Qué habia sido de tantas y tan bellas esperanzas como mecieron su cuna el año de 1821? ¿Por qué el porvenir de felicidad y grandeza se cubrió con las negras nubes de la miseria y la desgracia? ¿Cómo, en fin, el himno de júbilo del natalicio se trocó de improviso en fúnebre canto de muerte?

Lastímase profundamente el corazon de todo buen mexicano al recordar aquellos venturosos y no distantes dias que sucedieron á nuestra gloriosa emancipacion política, y al fijarse despues en los infaustos y tristísimos porque últimamente hemos atravesado. Dias aquellos de bendicion en que un pueblo nuevo, lleno de sávia y de vida, alumbrado dulcemente por el sol de la esperanza, ornada la frente con los frescos laureles del combate, y arrullado por el himno de triunfo que llenaba sus ámbitos; se presentaba ante los demás pueblos del mundo, victorioso y feliz, grande y heróico, rompiendo sus cadenas de esclavo, proclamando su independencia y soberania, é inscribiendo el nombre de México en el catálogo de las naciones. Dias ¡ay! de imperecederos y á la vez amargos recuerdos; porque no hay torcedor mas duro para el desgraciado, que la atormentadora memoria de los pasados tiempos de su ventura. Y sin embargo; preciso es no olvidar lo que fuimos y lo que al presente somos, para poder descender al exámen doloroso de nuestros infortunios, á la cruel autópsia de nuestras desdichas. ¡Ojalá y que las terribles lecciones de la desgracia, abriendo nuestros ojos á la luz de la verdad, nos permitan sondear nuestras propias llagas, y aplicar en ellas el bálsamo de salud con que nos brinda la Providencia.

II.

No cuadra á nuestro propósito, y antes bien pugna con los principios que profesamos de gratitud y justicia, echar en rostro á los antiguos dominadores de México la mala educacion civil que de ellos recibieron nuestros mayores. Los españoles, grandes en las armas, grandes en las letras, y grandes, en fin, como nadie en el siglo XVI, vieron perder en los sucesivos, ya no solo su influencia militar y política en el mundo, sino tambien y de una manera lastimosa, la que les habian dado en la república literaria el brillo y gala de sus sábios escritores. "Felipe II, como ha dicho un elocuente historiador de nuestros dias, (1) dejó á sus sucesores una España gigante; pero gigante estenuado y por muchos lados vulnerable; y aquel aparente engrandecimiento, encerraba el gérmen de la decadencia que apuntaba y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillaciones."

España decaía ya en el reinado de Felipe III, agonizaba en el de Felipe IV y casi moria en el del desgraciado Cárlos II. ¡Cómo habia degenerado esta familia de reyes, y cuánto habia cambiado, durante tres generaciones, la suerte de un imperio que se estendia por todo el globo! La península ibérica vió arrebatada su poblacion, y arruinadas sus artes, su agricultura y su comercio, con la espulsion de los moriscos; perdió su nombre y su gloria militar, con la tregua de doce años; presintió su impotencia, con el levantamiento y desmembracion del Portugal, y recibió, en fin, el golpe de gracia, con el tratado de Westfalia. ¿Qué sucederia entre tanto con México? Puestos en venta los títulos de Castilla y las grandezas de España, puede calcularse quiénes, por lo comun, representarian la autoridad suprema en estas apartadas regiones. Cuando todo se sacrificaba al mejor postor, fácil es conocer que no el mérito, ni los talentos, ni las virtudes serian las que fijasen la atencion de los monarcas, ó mejor dicho, de sus validos y favoritos, para confiar á los mas dignos el vireinato de este infortunado pueblo. La colonia, pues, debia participar, y participó en efecto de la mísera suerte de la metrópoli.

La agricultura, la industria, el comercio, las artes y las ciencias,

---

[1] El Sr. D. Modesto Lafuente.

esas fuentes de riqueza y bienestar material y moral para los pueblos, se limitaban en México á parodiar miserablemente lo que en realidad alcanzaban en las naciones cultas de Europa; y la juventud que se desdeñaba de entregarse al trabajo y de ilustrar con el estudio su inteligencia, dejaba pasar los dias, sin cuidarse de ellos, entregada al ócio, al placer y á esa dulce é indolente pereza que se respira con los aromas de nuestras flores, y que viene á ser como el estado normal de los que nacimos en estas regiones tan bellas cuanto infortunadas.

No obstante, empero, la postracion y abatimiento en que se encontraba España y de que el malestar de la metrópoli debia hacerse sentir en la colonia; México, merced á la paz y al órden de que gozaba, y muy particularmente á la observancia de las máximas saludables y santas de una religion eminentemente civilizadora; México, decimos, marchaba siempre, aunque con lentitud, por la via de las verdaderas mejoras y progreso. Y en vano era que quisiesen servirla de obstáculo en sus adelantos, la ignorancia casi universal de sus habitantes, y tal vez algunas medidas de meticulosa política dictadas por un gobierno torpe ó mal aconsejado. Esos grandiosos monumentos, esos soberbios edificios, esas tradiciones vivas del bienestar y desahogo en que se encontraban nuestros mayores; hablan elocuentemente en favor de aquellos no muy remotos y felices tiempos. ¡Y quién sabe si hasta esa misma ignorancia que hoy tanto se deplora, no contribuiria tambien á la prosperidad de la Nueva-España! Porque si bien es preciso confesar que ésta se hallaba atrasada en las letras y en las artes, en la industria y en la minería, en la agricultura y en el comercio; tambien es necesario no olvidar nunca que las doctrinas disolventes de la impiedad, y los delirios y locuras de la demagógia, no habian aún viciado los entendimientos de nuestros padres, ni corrompido y ulcerado sus corazones. La colonia, pues, dígase lo que se quiera, vivia feliz en su ignorancia, dichosa en su dependencia y tranquila y satisfecha con la posesion de sus tradiciones y su fé. Dia vino, sin embargo, en que vió nublarse su cielo azul y transparente, oyó á la tempestad rugir sobre su cabeza, y se sintió herida de muerte por el rayo. Dios queria probarla en el crisol terrible del infortunio.

III.

La revolucion de 1793 que conmovió la Europa hasta en sus cimientos; que llenó de cadáveres y lágrimas, de luto y desolacion el suelo privilegiado de la Francia; que destruyó templos y altares, monumentos gloriosos y hasta respetables sepulcros; que sacrílega y sangrienta hizo de un rey un mártir y una diosa de una cortesana; esa revolucion, en fin, al despedazar el trono ocupado en otro tiempo por los Luises y Clodoveos, dobló sumisa la cerviz ante el génio y la fortuna de Bonaparte, prosternándose rendida bajo las augustas plantas del gran capitan del siglo. En pos de la anárquica revolucion tenia que llegar la dictadura: al Consulado se siguió el Imperio.

Vencedoras las águilas francesas en Marengo y las Pirámides, en Jena y en Austerlitz, movieron sus tremendas alas sobre la España, y dieron el grito de guerra á que contestó heróica la Península. El pueblo español que, abyecto y miserable, debilitado y exangüe, yacia postrado en el sepulcro, se levantó como Lázaro á la voz de Dios, recordó sus antiguas glorias, sintió que aún corria por sus venas la noble y ardiente sangre de los Pelayos y Gonzalos, y se aprestó terrible al combate....! ¡Volvian á encontrarse, por desgracia, dos pueblos grandes, nobles y dignos tambien de hallarse frente á frente!

IV.

El grito de independencia lanzado en España, halló fácil éco en estas regiones que, mal preparadas aún para su emancipacion política, se convirtieron en breve en vasto y horrible campo de crímenes. Los asesinatos y los robos, los incendios y las devastaciones fueron los primeros y tristes anuncios de una insurreccion, justa sin duda en sus fines, pero inmoral y digna de toda reprobacion en sus medios; y esa insurreccion terrible por la que debian interesarse los buenos, y haber tomado activa parte por su desenlace y feliz término, no alcanzó entonces, merced á sus escesos, sino un grito de execracion universal y verse contenida y casi sofocada en lágrimas y sangre. 2

Sin plan ni principios fijos, encomendada á manos inexpertas, y siendo una continua amenaza para la propiedad, y aun para el honor y la vida de los ciudadanos; la revolucion iniciada en Dolores por el presbítero D. Miguel Hidalgo y Costilla no acarreó sobre México sino males de mucha trascendencia, abriendo un ancho é hirviente lago de sangre entre los contendientes. Exacerbáronse entonces los ódios; rompieron los instintos brutales todo freno, y el génio terrible de las venganzas armó de puñales las diestras de los hijos contra los padres, y de los hermanos contra los hermanos. En vano fué que Morelos, esa noble figura que brilla gloriosa entre las lúgubres páginas de aquellos vergonzosos anales, quisiese poner un dique al destructor torrente que todo lo asolaba, y pretendiese dirijirlo y encaminarlo hácia buen término: los elementos que se le presentaban eran de muerte, y muerte y desolacion debian llevar por dó quiera. Porque, en efecto; si se esceptúan al magnánimo y generoso Bravo, al entendido y desgraciado Terán, al organizador y belicoso Matamoros, y á otros dos ó tres caudillos de las fuerzas insurjentes; ¿quiénes eran ni qué méritos podian contraer con la patria los Sanchez y los Osornos, los Serranos y los Arroyos, los Montaños y los Bocardos, los Gomez y los Montieles, y tantos y tantos capitancillos semejantes?

A vuelta de algunos años, y á costa de mil y mil víctimas y de la completa ruina del país, la revolucion estaba casi destruida: la mayor parte de sus caudillos habia sucumbido en los cadalsos, y los pocos que sobrevivieran á aquella desecha borrasca, ó comian el amargo pan del destierro, ó retraidos y ocultos, apenas podian abrigar una lejana espeperanza. Solamente Guerrero, allá en las fragosidades del Sur, conservaba del antiguo y sofocado incendio una pequeña chispa, próxima ya á desaparecer y extinguirse.

V.

Bella como la esperanza de felicidad, y mas risueña que la esposa en el dia nupcial, se presentó la vírgen graciosa de Occidente el dia 27 de Setiembre de 1821. México iba á recibir en su seno al hijo querido de la victoria, á su libertador heróico, al generalísimo Agustin de Iturbide,

que en siete meses habia consumado felizmente la grande obra de nuestra emancipacion política.

El célebre plan de Iguala basado en la Religion, la Independencia y la Union; conciliando sábiamente encontrados intereses; uniformando diversas y aún contrarias opiniones, y siendo, en fin, el lazo único de concordia entre los habitantes de estas regiones, habia echado por tierra, con sola su presencia, el gigantesco y sólido monumento de la conquista, levantado hacia trescientos años por la robusta mano del inmortal Cortés. La obra de nuestra redencion política estaba consumada, y México iba á dormir, á la sombra de sus laureles, el primerò y dulcísimo sueño de la felicidad y la victoria.

VII. (1)

Conquistada felizmente nuestra independencia, México entró desde luego en una vía desconocida para ella; y ansiosa de adelantos sociales, y fascinada con las teorías de progreso que, como un asolador torrente, invadieron entonces todas las inteligencias; los principios que adoptó para la marcha de la nacion, fueron los de *destruir todo lo viejo, y ensayar todo lo nuevo.* Y no es estraño que asi sucediese; porque si bien en Europa se habia consumado ó estaba ya al consumarse la saludable reaccion que se efectuaba en los espíritus, contra las doctrinas disolventes, inmorales é impías, con que los falsos filósofos del siglo XVIII transtornaron á la sociedad hasta en sus cimientos; en México, en donde ya por la dificultad que antes habia de adquirir las venenosas producciones de los Volney, los Rousseau y los Voltaire; ya porque los mexicanos no se ocuparan durante la prolongada y sangrienta lucha de la insurreccion, sino en los sucesos de la guerra que mas inmediatamente

(1.) Permítasenos al continuar la tarea que nos hemos impuesto, copiar cuando convenga á nuestro propósito algunos de los párrafos del discurso patriótico, que tuvimos, hace cuatro años, la honra de pronunciar en esta ciudad. A ello nos obligan; tal vez la predileccion paternal con que hemos visto siempre esa pobre produccion de nuestro pobre ingenio; acaso tambien la buena aceptacion y graciosa acogida con que fueron recibidas entonces nuestras palabras; y tal vez, por último, el haber visto realizadas ¡ay! tan breve nuestras terribles predicciones y temores. Perdónesenos, pues, este atrevimiento, en gracia al menos de nuestras intenciones.

les afectaban; en México, decimos, no comenzaron á leerse las obras de esos grandes á la par que fatales ingenios, sino hasta que se consumó nuestra gloriosa emancipacion política.

Avidos de saber nuestros hombres públicos y sedientas sus almas de la nueva doctrina, apuraron hasta las heces la copa de oro con que aquellos escritores les brindaban; y corrompiendo su corazon y viciando su entendimiento, prepararon á la patria las abominaciones presentes, los escándalos de la mas desenfrenada licencia, que en vano se han querido escusar por la mas atrevida impiedad.

Los corazones corrompidos y los entendimientos viciados, son siempre ingratos; asi és que el trono á que habia sido ensalzado el héroe de Iguala, cae convertido en escombros á impulsos de los republicanos; é Iturbide, el libertador de México, el padre de la patria, tiene que ir á regar con sus lágrimas una tierra estraña, para venir despues á regar con su sangre la que le vió nacer..... ¡Junto del trono el patíbulo; cerca del Tabor el Calvario!

Poco antes de consumarse el horrible parricidio, Iturbide dirije á sus verdugos, con clara y firme voz, estas notables palabras: "Mexicanos, en el acto mismo de mi muerte, os recomiendo el amor á la patria y la observancia de nuestra santa religion: ella és quien os ha de conducir á la gloria. Muero por haber venido á ayudaros, y muero gustoso porque muero entre vosotros." Su cuerpo cayó despues exánime y sangriento; su noble espíritu voló al seno de Dios, y la sangre heróica que regó la tierra, salpicó nuestras frentes é imprimió en ellas la marca de un terrible anatema!

No sin rubor podemos ¡ay! fijar la vista en los años transcurridos desde el dia nefasto en que la sangre de Iturbide cayó sobre nosotros y sobre nuestros padres: años de revueltas, de crímenes é impiedad con que hemos escandalizado la tierra y provocado la cólera del cielo. Y no podia ser de otra manera; porque habiamos iniciado nuestra existencia política con un gran crímen, y era necesaria tambien una solemne expiacion!

VII.

Constituida la nacion en república federal-democrática, forma de gobierno que, por nuestra educacion, costumbres y hábitos, y hasta por

las inclinaciones de nuestra raza, era la menos adaptable para México, nuestros hombres públicos se propusieron desde entonces modelar el pais, por el ejemplo que les presentaba la vecina República del Norte; y fascinando á las masas populares con engañadoras promesas de un mentido bienestar y de una borrascosa y quimérica libertad, quemaron su incienso ante esas ideas que se denominaban de progreso, y se mostraron dóciles á las insinuaciones perversas de Mr. Poinsset, ministro americano, y autor y fundador entre nosotros de las funestas lógias masónicas, que tantos males han causado á la patria.

¿De qué sirvió entonces que algunos mexicanos de integridad y saber, de experiencia y patriotismo, demostrasen los peligros é inconvenientes de las formas republicanas que se querian; de los principios liberales que se invocaban, y de los males que aquellas lógias debian acarrearnos mas tarde? Densísimo y negro velo cubria nuestros ojos, y torpes y mal aconsejados, nos fuimos dejando arrastrar hasta el borde del abismo cavado para nuestra ruina, por los que se llamaban nuestros mejores amigos y hermanos. Las revueltas mas vergonzosas, los mas frecuentes escándalos, las aspiraciones mas innobles y todo linage de malas pasiones, forman desde aquella época las páginas luctuosas de nuestra historia, y son el legado de inmoralidad é infamia que hemos dejado á nuestros pósteros.

Modelada, pues, la carta constitucional de 1824 por la de los Estados-Unidos de América, no vino á ser entre nosotros sino una planta exótica, que si algunos frutos produjo mas tarde, fueron sin duda los mas nocivos, amargos y venenosos. La sola reflecsion de ser la forma de gobierno federal-democrática la mas conforme y adaptable á las necesidades de la República del Norte, por cuanto satisface sus exigencias mas imperiosas; esa sola reflecsion, decimos, debió haber convencido entonces á nuestros legisladores y hombres públicos de que seria, como fué en efecto, la menos á propósito para nosotros. Dos pueblos que ninguna analogia han tenido ni tendrán nunca entre sí; ¿cómo pretender sujetarlos á una misma constitucion política? Oigamos á este propósito la confesion que, tal vez sin advertirlo, se le escapó en momentos muy solemnes al S. D. Luis de la Rosa, uno de los mas tenaces defensores de los principios democrático-federales. "La república del

"Norte-América, dijo, (1) es quizá la única que constituida una vez, ha "observado inviolablemente su sábia constitucion y la ha vigorizado con "el transcurso de muchos años de paz y de sosiego; ¡pero cuán diferente "de la situacion de México era la de Norte-América, cuando una y otra "nacion proclamaron su independencia! En las colonias de Norte-Amé-"rica no hubo como en México una clase de conquistadores y una "nacion conquistada; allí hubo una colonizacion mas bien que una "conquista: *los antiguos habitantes fueron exterminados* ó reduci-"dos á la vida salvage, y no quedaron como aquí formando un pue-"blo numeroso, sometido por el atraso de su civilizacion á la domina-"cion mas opresora. Allí no hubo como aquí, esas diferencias de cas-"tas que la impolítica del gobierno español conservó, escitando perfi-"damente sus ódios para impedir que unidas formasen una sola nacion, "un solo pueblo. Allí los colonos fueron conquistando poco á poco "sus derechos y recibiendo de la misma metrópoli la concesion de sus "libertades; de suerte que puede decirse, que ausiliados en cierto modo "por la Madre-Patria, trabajaron mas de doscientos años en fijar los "principios de una constitucion, que ya ecsistia en cierto modo, cuando "no hicieron mas que formularla, al consumar su independencia."....
¡Cuántas y cuán amargas reflexiones surjen á la lectura de las anteriores líneas, y qué cargos tan graves pesarán siempre sobre nuestros legisladores de 1824, por haber preparado con su fatal constitucion la ruina de este pueblo infortunado!

VIII.

Pronto comenzaron á experimentarse en el pais las inmediatas y precisas consecuencias del sistema democrático-federal, que se le hizo adoptar para su marcha política. Ya en 1828 la revolucion sangrienta de la ex-Acordada, el saqueo vergonzoso del Parian y la torpe é injustificable expulsion de los españoles, pudieron reputarse como el criminal ensayo de nuestros posteriores desaciertos y locuras, y de los delitos y profanaciones con que se mancharia en breve el audaz, inmoral y

---

(1.) En el discurso que pronunció en la capital de México el 16 de Setiembre de 1846.

sanguinario bando demagógico. A los primeros pasos que se daban en la fatal pendiente de la revolucion y del escándalo, debian seguirse, y se siguieron por desgracia, los mil y mil que nos han conducido hasta el borde de la mas espantosa y profunda sima.

Las revueltas, pues, se sucedieron con frecuencia en el pais, y la nacion fué víctima de ellas en los años de 1832, 33, 34, 36, 39, 40, 41, 45 y 46, en que se consumó la malhadada y funestísima revolucion que abrió las puertas de nuestra bella capital á las hordas invasoras del Norte, llenándonos de infamia ante el mundo entero, y que costó á la patria la pérdida de casi la mitad de su território (1). ¡Dios quiso para nuestro castigo y mayor afrenta, que el odioso pabellon de las estrellas flamease alhagado por nuestras dulces y perfumadas brisas sobre el antiguo palacio de los vireyes, y que el natural enemigo de México, ébrio de licor, de ambicion y de glorias, profanase con su inmunda planta nuestros campos y ciudades, nuestros templos y palacios!

Empero, ni esa terrible y vergonzosa leccion que entonces recibimos, nos hizo mas cautos y juiciosos para lo sucesivo. La fatal discordia volvió á asomar su pálida y ensangrentada cabeza entre nosotros; agitó de nuevo la tea y el puñal con que lleva armada su diestra, y el escándalo y las revueltas continuaron sin interrupcion en la República. En 1853 era derrocado del poder el general D. Mariano Arista, y recibido como el hijo mas querido de la patria, como su único apoyo para el porvenir, y como la mejor garantía de la verdadera libertad en el órden, el mutilado y benemérito general D. Antonio López de Santa-Anna.

La tempestad revolucionaria arrojó en breve á este caudillo sobre las playas de una tierra estraña, y el sol de la esperanza se veló entonces completamente para México!

(1.) No olvidemos para nuestro dolor y mayor vergüenza, que entonces uno de los Estados libres y soberanos de la confederacion mexicana, se declaró y permaneció neutral en la lucha mas justa, mas santa, aunque tambien mas desgraciada, que jamas ha sostenido pueblo alguno en defensa de sus mas caros y sagrados derechos.

IX.

El dolor mas intenso oprime nuestro corazon y prensa horriblemente nuestro cerebro al estampar en este papel el año infausto de 1855...... ¡Por qué no perece la hora en que los jurados enemigos de nuestra felicidad y buen nombre,de nuestra independencia y religion, se apoderaron de los destinos de la patria! ¡Por qué no nos es dable borrar de nuestra historia las luctuosas y sangrientas páginas que sucedieron al vengonzoso triunfo de la revolucion iniciada en Ayutla!

Abísmase acongojada la imaginacion y tiemblan adoloridas las entrañas, al recordar las mil escenas de desolacion y amargura, de lágrimas y sangre, de delitos y profanaciones que hemos presenciado en nuestro suelo, desde aquella época nefasta: "época, como ha dicho un "respetable y elocuente sacerdorte de nuestro dias, (1) en que la diso-"lucion de todos los elementos, la confusion de todos los principios, la "exaltacion de todas las pasiones, la desmoralizacion general, la incer-"tidumbre, la duda y aquella especie de tinieblas universales que no de-"jaron senda visible ni luz que la alumbrára, dieron al pais un aspecto "tristísimo aspecto terrible, informe, sombrio, que revelaba las últimas "convulsiones de la sociedad próxima á espirar."

Roto ya el freno de toda autoridad, destruidos los hábitos de subordinacion y de obediencia, sin los que la sociedad es una quimera, el poder no fué desde entonces entre nosotros sino el mejor agente de la inmoralidad y del crímen. Gobernantes sin honra, rompiendo los vínculos que unen al hombre con Dios, al cielo con la tierra, y abandonando al pueblo á sus propios instintos y á las sujestiones perversas de escritores sin conciencia, lo entregaron á los desórdenes mas vergonzosos de sus pasiones, azuzándolo para el crímen, al grito impio de: "*¡El pueblo es Dios, el robo la libertad!*"

Las doctrinas mas disolventes, los principios mas inmorales, los delirios mas espantosos se han predicado desde entonces en la tribuna y en la prensa; y nuestra sociedad agonizante ha oido repetir por donde

---

[1] El S. Cura Lic. D. Miguel G. Martinez.

quiera las mas asquerosas y horribles blasfemias. De oriente á occidente, del mediodia al norte, la impiedad y el crímen se han revestido con el ropage del patriotismo, y el grito terrible de libertad ha llevado por todas partes la desolacion y las lágrimas. A ese grito de muerte se han derribado los altares; han sido asesinados los sacerdotes, y lanzadas las religiosas de sus pacíficos retiros: á ese grito aterrador se han consumado atentados que espantan, profanaciones que escandalizan, atropellos y venganzas que hacen temblar: ese grito, en fin, ha significado la lucha frenética del hombre degradado contra el cielo, y ha envuelto la disolucion social, el cáos....! Y esas bacanales inmundas, esa embriaguez delirante del crímen; ese audaz y miserable insulto de la criatura rebelada contra su Hacedor Supremo, se han querido ostentar como el triunfo mas espléndido, alcanzado por la libertad y las luces contra los sanos principios, que se han llamado de oscuridad y despotismo....! ¡Ay! y ese triunfo que tanto se ha aplaudido, no ha sido ni será nunca mas, que el impio y brutal ataque contra Dios y la sociedad, contra la virtud y la gloria, contra las leyes eternas y la civilizacion: ese triunfo, en una palabra, no es mas que el grito salvage de la barbárie y el ateismo!

Ni la propiedad ni la vida, ni el honor ni la conciencia, ni la virtud ni la gloria, han sido reverenciadas en medio de la deshecha borrasca en que ha naufragado nuestra infeliz y agonizante sociedad; "porque "la demagógia, como há dicho muy bien el elocuente Marqués de Val-"degamas, ni respeta la virtud, esa gloria del cielo, ni la gloria, esa vir-"tud de las naciones: la demagógia que atacando todos los dogmas re-"ligiosos, se ha puesto fuera de toda religion: que atacando todas las "leyes humanas y divinas, se ha puesto fuera de toda ley: que atacando "simultáneamente á todas las naciones, no tiene patria: que atacando "todos los instintos morales de los hombres, se ha puesto fuera del gé-"nero humano. La demagógia es una negacion absoluta: la negacion "del gobierno en el órden político: la negacion de la familia en el órden "doméstico, la negacion de la propiedad en el órden económico, la ne-"gacion de Dios en el órden religioso, la negacion del bien en el órden "moral. La demagógia no es un mal, es el mal por escelencia: no es un

"error, es el error absoluto: no es un crímen cualquiera, es el crímen en "su acepcion mas terrífica y mas lata. Enemiga irreconciliable del gé- "nero humano, y habiendo venido á las manos con él en la mas grande "batalla que han visto los hombres y que han presenciado los siglos, el "fin de su lucha gigantesca será su propio fin ó el fin de los tiempos."

Y esa demagógia que el elocuentísimo Señor Cortés nos ha pintado con sus mas vivos y propios colores; esa demagógia que ha llevado la desolacion y las lágrimas á donde quiera que ha estampado su inmunda planta; esa demagógia, enemiga irreconciliable de la Divinidad y del hombre, de la sociedad y del gobierno, se ha ostentado triunfante en nuestro suelo, recibiendo adoraciones é inciensos que se han negado á Dios, ella que ha derribado los altares; revistiéndose con el ropage de la legalidad, ella que no reconoce ley; y prometiendo falaz é impudente la felicidad á la patria, la libertad á nuestro pueblo, y la igualdad y la fraternidad á los que aspiran á la continua perfectibilidad humana; ella que es la negacion de todo bien, el orígen de todo error, y semillero fecundo del despotismo mas ecsecrable, de la dictadura mas vergonzosa: ¡el despotismo de los tribunos! ¡la dictadura del puñal!

En medio del naufragio de nuestras tradiciones y creencias, de la fé y esperanza de nuestros mejores dias, hemos levantado un altar á la mentira y á la iniquidad, y hemos confundido todos los principios é ideas, todas las aspiraciones y sentimientos. Al querer adorar la libertad nos hemos postrado ante la opresion, y hemos incensado al error denominándolo verdad: el vicio se ha disfrazado con el nombre de virtud, y el pillaje y el crímen se han calificado como mérito ante la falsa justicia: desalados hemos corrido en pos del infortunio creyendo alcanzar la felicidad; y hemos llamado bien al mal, á la traicion patriotismo y á la barbarie civilizacion: hemos profanado, en fin, todo lo santo, todo lo justo, todo lo bello. "Nos hemos descarriado lejos de las sendas de la ver- "dad, y la luz de la justicia no ha brillado para nosotros, y el sol de la "inteligencia no se ha alzado sobre nuestras cabezas. Nos hemos des- "peado en la senda de la iniquidad y de la perdicion, y hemos andado "por caminos escabrosos; pero hemos desconocido las sendas del Se- "ñor. (1)

---

(1) Cap. V. del Libro de la Sabiduria.

"Pueblos, escuchad: estraviadas muchedumbres, poned un oído aten-
"to y guardaos: porque al paso con que caminan los crímenes, la hora
"de la expiacion está cerca: ni el mundo en su paciencia, ni Dios en su
"misericordia pueden sufrir por mas tiempo tan horrendas bacanales....
"Al punto á que han llegado las cosas, una solucion radical es urgen-
tísima. Las sociedades no pueden más y es menester, ó que la dema-
"gogia acabe, ó que la demagogia acabe con las sociedades humanas:
"ó una reaccion ó la muerte." (1)

XX.

Sonó por fin la hora de la redencion social para nosotros; y despues de tantas locuras y estravios, de tantos errores y delitos, el cielo marcó el hasta aquí á nuestros opresores.

El Señor pesó sus crímenes en la eterna balanza de su inexorable justicia, y fueron contados sus dias y su infernal demencia toca ya á su término.

Pedian en su ceguedad y delirio la muerte de nuestra agonizante sociedad, y el desgraciado pueblo mexicano celebrará la ruina y castigo de sus tiranos.

....

....

....

¡Gratitud eterna á la gloriosa bandera de la Francia! Ella ha sido el lábaro de victoria para la causa santa de la sociedad y de la civilizacion mexicana!

¡Dios salve al Emperador de los franceses!

---

(1) El Sr. D. Juan Donoso Cortés.

SEGUNDA PARTE.

El mejor gobierno es el de uno: rija el cuerpo del imperio una alma sola, como un piloto una nave.

TACITO, *Anales* I.

I.

Trazado queda, aunque á grandes pinceladas, el bosquejo histórico de nuestra infortunada patria, y al descubierto las profundas é inveteradas llagas que la aquejan. Frescas están tambien las heridas que últimamente ha recibido durante la opresora é inmoral dominacion demagógica, y aun brota de ellas la sangre que hemos vertido á torrentes en nuestras interiores contiendas. México, pues, como el jóven convaleciente de una enfermedad mortal, provocada por sus escesos y que lo ha arrastrado á la orilla de la tumba, solicita anhelante para el porvenir los consejos de la experiencia, las lecciones de la sabiduria y el apoyo, en fin, de un pueblo fuerte y generoso, que le indique los peligros con que aun pudiera tropezar, y que tendiéndole una mano protectora, lo salve de las redes y asechanzas que ha de tenderle y armarle en su camino la vecina República del norte, su natural enemiga y falsa hermana.

La voz de algunos sábios se ha dejado ya oír entre nosotros; y sus elocuentes palabras, unidas á las severas lecciones de nuestros infortunios y á la noble y desinteresada proteccion de la magnánima Francia, nos hacen creer y esperar confiadamente que el cielo, compadecido al fin de tantos dolores y martirios, de tantas convulsiones y revueltas, como ha sufrido durante medio siglo la desdichada México, la prepare dias mas dichosos y tranquilos, y abra para sus hijos una era de paz, de órden y de verdadera libertad por la que todos suspiramos. Nuestras voces, que no son el fruto de la sabiduria, pero que nacen sí del entrañable amor que profesamos á este suelo tan hermoso, suelo donde se ha mecido nuestra cuna y en el que dormirán algun dia nuestras cenizas; nuestras voces, pues, vienen á mezclarse y confundirse con las que la ilustracion y la experiencia dirijen á la patria en momentos tan solemnes. "*O ahora ó nunca*" se nos ha dicho, y preciso es, si obramos con cordura, aprovechar esta ocasion con que nos brinda la Providencia.

II.

Las convulsiones horribles, la postracion y la agonia de nuestra espirante nacionalidad, han reconocido como causa algunos errores, que mas tarde degeneraron en crímenes, y que persistir hoy en ellos seria la mayor y mas elocuente prueba de nuestra obcecacion y demencia. El orígen de nuestras desgracias, lo diremos desde luego y entrando inmediatamente en la gran cuestion para la patria, no ha sido otro, que el haber adoptado para la marcha política de nuestra nacion la forma de gobierno que menos podia convenirla.

Ni el Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, ni sus colaboradores y auxiliares durante la sangrienta década de la insurreccion; ni el ilustre y desgraciado Iturbide, ni sus dignos y esforzados capitanes, durante la gloriosísima época de la independencia, proclamaron, ni siquiera indicaron, el establecimiento de una república entre nosotros. Persuadidos estaban de que los habitantes de la colonia no apetecian mas que romper las cadenas de opresion en que se encontraban, asegurar la independencia y soberania de estas vastas regiones, y legar á sus descendientes una tierra, regada en verdad con lágrimas y sangre, pero á la

que habian elevado al rango de nacion libre y señora, merced á sus sacrificios, denuedo y esfuerzo.

Se ha dicho que los mexicanos por instinto, atribuyendo á los reyes los males del sistema colonial, odiaban y repelian con violencia todo lo que tuviera relacion con los monarcas y el trono. Mas contra esta infundada y gratuita suposicion, la historia de aquella revolucion funesta comprueba con documentos auténticos, que las masas inmensas de pueblo capitaneadas por el Sr. Hidalgo y sus sucesores, se animaban en el calor de la lucha con las estrepitosas aclamaciones de: "¡viva Nuestra Señora de Guadalupe!" "*¡Viva Fernando VII!*" "¡Mueran los *gachupines*!" Y estas voces que eran como el grito de guerra de los combatientes; que servian como de lema en su bandera de insurreccion, y que debe suponerse con todo fundamento, eran tambien la espresion franca, sencilla y genuina de sus sentimientos y pasiones; ¿no prueban concluyentemente su deseo de libertad, y á la vez su amor al rey? ¿No son la mejor y mas elocuente demostracion contra el supuesto ódio de los mexicanos al gobierno monárquico? El célebre plan de Iguala y los posteriores tratados de Córdoba, ¿no vienen tambien en apoyo de la verdad histórica, y no son el mejor comprobante de que los independientes, lo mismo que los insurgentes, en todo pensarian menos que en establecer en México un gobierno republicano?

Peligros tiene la forma de gobierno monárquico, y peligros no despreciables por cierto. ¿Pero qué obra ni proyecto, qué plan ni sistema, qué invento ni aplicacion humana dejan de tenerlos? Limitados y miserables como somos, lleva tambien ese carácter de limitacion y miseria todo la que afecta y toca á nuestra triste y desgraciada humanidad. En todas nuestras obras, aun en aquellas que calificamos de mas acabadas y perfectas, se revela lo poco que alcanzamos, el cortísimo tiempo que vivimos, y que esta tierra regada con nuestro llanto y ensordecida con nuestros gemidos, no es sino el desierto de prueba que atravesamos. Peligros tiene sin duda el sistema monárquico; mas son tan pequeños si se comparan de buena fé con los que son consiguientes á las formas republicanas, que nosotros no vacilaremos un solo instante en optar por los primeros. Y supuesto que se trata de la felicidad é independencia de México y del porvenir y ventura de nuestros hijos, procuremos sincera y lealmente y hasta donde fuere dable á nuestras

fuerzas, remover los obstáculos que se han opuesto hasta aquí al bienestar y engrandecimiento de la patria, y á la paz y dicha de nuestros conciudadanos.

III.

Hemos probado ya que en las masas populares de la nacion no ecsistió ese ódio á la monarquia, que gratuitamente le han atribuido algunos entusiastas aunque ilusos republicanos; y ahora nos proponemos demostrar que hoy, lo mismo que antes, no puede decirse con fundamento que en México ecsista esa repulsion á las formas monárquicas, que se supone nacida de nuestros hábitos y costumbres republicanas.

En un pueblo devorado constantemente por las revoluciones, dominado por el terror y oprimido por la fuerza brutal de las bayonetas; ¿qué hábitos, qué costumbres pueden haber ecsistido y ecsistir actualmente? Cuando las revueltas y la duda, el malestar y la inquietud vienen á ser como el estado normal de una sociedad desgraciada, sus hábitos y costumbres son anárquicos, son revolucionarios; y revolucionarios y anárquicos han sido y son por desgracia las costumbres y hábitos de los mexicanos. De nuestro aserto son la mejor y mas irrefragable prueba las frecuentes defecciones que hemos presenciado, y el haber visto casi á la generalidad de nuestros soldados defendiendo hoy con entusiasmo, lo que ayer combatieron con valor y decision.

No ecsisten, pues, en México costumbres ni hábitos republicanos; pero sí se hacen oír por donde quiera deseos y aspiraciones por el pronto establecimiento de un gobierno de moralidad y órden, de estabilidad y patriotismo que, dando en el exterior respetabilidad y crédito al pais, asegure en el interior el goce de todas las garantías sociales y el de una libertad juiciosa y bien ordenada.

Y ¿qué gobierno puede llenar cumplidamente estas imperiosas ecsigencias nacionales? ¡Será acaso la república?....¡La república!.... Pero, si con ella hemos visto á los americanos arrebatarnos una gran parte de nuestro territorio....!! Con la república, se han cegado las fuentes todas de nuestra proverbial riqueza, y el pauperismo y la mendicidad se han arrastrado vacilantes y débiles sobre nuestras auríferas montañas: con la república, hemos asistido á las bacanales inmundas de

la demagógia, y á las cruentas y vergonzosas escenas de una mentida y asquerosa libertad: con la república, se han derrochado los caudales de la nacion, se han atacado los de los particulares, y el pueblo,—ese soberano de burlas—ha gemido en la servidumbre mas abyecta, oprimiéndosele bajo el horrible peso de ominosas gabelas, de contribuciones onerosas: con la república, se han ostentado cínicamente como mérito el robo y la prostitucion, la incredulidad y el libertinage, la ignorancia y el aspirantismo: con la república, han desaparecido templos y palacios, hospicios y hospitales, universidades y colegios, pueblos y caminos; con la república, en fin, han venido para México dolores y miserias, infortunios y abatimiento, lágrimas y sangre, demencia y crímenes, barbarie é irreligion, la agonia y la misma muerte.....!

La república, pues, ha sido para nosotros un venero fecundísimo de males, y el mas duro y espantoso castigo que los cielos pudieron imponernos. ¡Digna expiacion por cierto de nuestros errores y locuras, de nuestra impiedad é iniquidades!

IV.

México, pues, si desea salvarse debe ser monárquico desde luego. Los mismos inconvenientes que algunos ilusos ó malvados encuentran en ese sistema de gobierno,—al que han fiado su porvenir y su gloria las naciones mas civilizadas de la tierra;—esos mismos inconvenientes, decimos, son á nuestro juicio las mejores razones que lo apoyan. La inamovilidad del monarca, la irresponsabilidad de la corona, la sucesion hereditaria de la familia, el brillo que rodea á la magestad del trono; ¿no son mas bien que retraentes, las mas poderosas causas que deben inducirnos al establecimiento de una monarquia?

Porque, en efecto; cerrar para siempre la puerta á las aspiraciones de una criminal ambicion; poner un valladar firmísimo á los frecuentes y vergonzosos ataques contra el poder, y destruir en su raiz esa planta funesta de discordia para México; son no solo una conveniencia, sino una notoria necesidad, una ecsigencia imperiosísima para nosotros. ¿Y no se alcanzan estas ventajas con la inamovilidad de un monarca?

Véamos ahora lo que es en el siglo XIX la inviolabidad real y la irresponsabilidad de la corona. Si fijamos la vista por un momento en las córtes de la civilizada Europa, y en ese sábio sistema de gobierno adoptado por sus mas cultos pueblos; lo que allí está pasando y la ordenada y tranquila libertad de que gozan aquellas sociedades, ¿no son por sin duda la mejor respuesta que podemos dar á los republicanos? El rey es ciertamente inviolable, é irresponsable es en verdad la corona; mas no son irresponsables ni inviolables los ministros de Estado, que se hallan en la obligacion de responder satisfactoriamente de sus actos Así es que, el gobierno está sujeto á comparecer no solo ante el tribunal de la razon, de la civilizacion y de la prensa; sino ante el de la opinion nacional y el de la diplomacia, guardian celoso de los derechos ultrajados, y que ha sabido refrenar con sus relaciones los avances de la arbitrariedad y los escesos del despotismo.

Pero á los que de buena fé tiemblan espantados ante el formidable, pero quimérico fantasma de la inviolabilidad é irresponsabilidad de la corona, no podemos menos que recordarles la interminable série de desafueros y atentados, cometidos impunemente, por nuestros presidentes y dictadores. Largo es, por desgracia, el catálago de esos tiranos, entre quienes si se esceptúan tres ó cuatro solamente, no hallaremos en los demás sino ineptitud ó vicios; ó vicios é ineptitud á la vez, que habiéndolos arrastrado al abismo de su ruina, los han azuzado tambien á la vergonzosa perpetracion de todo linage de atropellos y escándalos. No olvidemos, pues, que nuestros gobernantes han sido el azote mas terrible de los pueblos, y los burladores mas indignos de la moral y de la virtud, de la razon y de la justicia... ¡Miserables parodiadores de los Nerones y Calígulas, que han pretendido en su locura las ovaciones tributadas á los Antoninos y Trajanos!

Las ventajas que se alcanzan con la inamovilidad del monarca, esas mismas y otras más son consiguientes á la sucesion hereditaria de la familia. La eleccion de un nuevo rey cada vez que la muerte arrebatase á su antecesor, proporcionaria á los ambiciosos é inquietos una ocasion para trastornar el Estado; y este peligro desaparece sin duda con la sucesion hereditaria de la familia. Hay mas todavia. Cuando un monarca vé identificado el porvenir de sus hijos con el porvenir de la

nacion que el cielo puso bajo su cuidado y vigilancia, entonces su gobierno solo es comparable al de un buen padre de familias, que trabaja sin descanso en beneficio de sus herederos y sucesores. El príncipe, en tales circunstancias, al fomentar los intereses de la corona, fomenta los intereses de su reino; al solicitar la riqueza y bienestar del trono, solicita el bienestar y riqueza de sus súbditos, y al conservar el brillo y crédito del sólio, conserva tambien el crédito y brillo de su pueblo. Unos mismos son los intereses; unas mismas las aspiraciones, y uno mismo el porvenir de la nacion y del monarca.

Que el hombre se deja deslumbrar fácilmente por el brillo y esplendor de los objetos que hieren sus sentidos é imaginacion, es una verdad que no nos empeñaremos en desmostrar: así lo vemos y experimentamos con todo lo que nos rodea, y así lo proclama la conciencia universal. Ahora bien: ¿por qué pues, no llenar el trono de ostentacion y grandeza, de riqueza y opulencia, de magestad y respeto? Costoso será para el pais ese fulgente y deslumbrador aparato; pero mas costosas han sido para la nacion las revueltas y desgracias que la han devorado, y á que ha contribuido eficazmente el desprecio con que ha sido vista la autoridad. La paz de un pueblo no tiene precio; y nada es caro sin duda, á trueque de la felicidad y engrandecimiento de la patria.

Agitada y turbulenta, dicen los republicanos, es la minoria de un principe heredero, y turbulento y agitado tambien el establecimiento de una regencia, durante esa época de revueltas para una monarquia.... Prescindiendo de que en esto, lo mismo que en todo lo que puede servir de armas á un partido, hay mucho de inexactitud ó exageracion; queremos conceder, sin embargo, que en todas las minorias y regencias haya necesidad de experimentar los sacudimientos y peligros de una guerra. Empero, preguntemos á los republicanos de buena fé: ¿son comparables las turbulencias y agitaciones de la regencia y minoria de una corona, con los vértigos revolucionarios de las repúblicas y las sangrientas saturnales de la demagógia? ¿Son igualmente nocivos para la sociedad unos y otros trastornos? Mas suponiendo que así fuesen; ¿se puede olvidar acaso que las minorias y regencias de una monarquia no se repiten en ella con tanta frecuencia? ¿No recordamos que en las repúblicas, aun las mejor organizadas, cada cuatro ó seis años, con la re-

novacion de sus poderes son como consiguientes los trastornos y revoluciones, ó cuando menos, la inquietud y el malestar? Y ¿qué guerra de minoria, qué establecimiento de regencia ha costado á la Francia tantas lágrimas y sangre, tanta devastacion y duelo como la fatal república de 1793? ¿Cuál, en fin, de las largas y borrascosas minorias de cualquier pueblo, puede asimilarse por sus locuras y crímenes, con nuestros crímenes y locuras de medio siglo? ¡Pero qué mucho! Ni las guerras tremendas de sucesion suscitadas en Portugal y en España por Don Miguel y Don Cárlos, pueden compararse siquiera con nuestras vergonzosas y sangrientas revoluciones.

V.

Existe en el continente americano un coloso gigantesco, que semejante á la grande estátua que vió en sueños Nabucodonosor, tiene el corazon y cabeza de oro, los brazos y el pecho de plata, y el vientre y muslos de cobre; pero que se asienta y descansa sobre débiles y quebradizos piés de barro. En presencia de ese colosal fantasma, queman su incienso de adoracion y se prosternan deslumbrados, los que se interesan aún en la continuacion de nuestras revueltas y desórdenes; y ante esa estátua, que se está desmoronando y cayendo por tierra, se estremecen acobardados ciertos espíritus medrosos y algunos mexicanos sin corazon y sin fé.

La ominosa tutela de los Estados-Unidos, que tanto nos ha abrumado durante algunas de nuestras administraciones, y esa vergonzosa dependencia en que á veces nos hemos visto colocados respecto de un pueblo, enemigo natural del nuestro; han venido á influir de tal manera en nuestras públicas y mas importantes resoluciones, que, para adoptarlas ó desecharlas, ya no solo se ha consultado la mayor ó menor conveniencia de ellas; sino tambien y muy principalmente, si merecerian ó no la aprobacion de la *república hermana.* Así hemos vivido políticamente, haciendo alarde de una mentida soberania é independencia, y arrastrando en secreto las pesadas y duras cadenas de un denigrante y servil vasallage.

Y ¿qué otro fruto pudiéramos haber cosechado de la ignorancia y

malas pasiones de nuestras masas populares, del egoismo é indiferencia de nuestras clases acomodadas y pensadoras, y de la traicion é infamia de casi la mayor parte de nuestros gobernantes? Ora el temor de provocar á un pueblo mas fuerte que el nuestro, y envolver á la nacion en una lucha fatal y desastrosa; ora la mancomunidad de intereses y el deseo de anexar nuestro pais al pais vecino, del que se nos hacian las mas risueñas pinturas, presentándole á nuestra vista cual un dechado de virtudes republicanas, y como un nuevo paraiso creado por la democrácia para el reinado de la libertad; ora, por último, la necesidad de ocurrir en nuestras frecuentes aflicciones pecuniarias á empréstitos ruinosos con los Estados-Unidos, sacrificándoles tal vez como Esáu por un plato de lentejas, algunos girones de nuestro desgarrado territorio; todo, en una palabra, contribuia á remachar más y más las cadenas de nuestra mal disfrazada servidumbre, y á preparar para mas tarde el golpe de muerte á nuestra agonizante nacionalidad.

Esta situacion denigrante y violenta en que nos hemos visto colocados, hubiera sido cada dia peor, si la Providencia, valiéndose de la desinteresada y saludable intervencion francesa, no hubiera marcado el *hasta aquí* á la afrentosa y sanguinaria dominacion demagógica. Conocidas son entre nosotros y en el mundo civilizado las tendencias parricidas de ese bando funesto; notorios sus deseos y aspiraciones de anexion á la república de Washington; y marcadas están en nuestra memoria las *escenas de fraternidad y simpatia,* que presenció escandalizado el pais, entre los espúrios mexicanos y las huestes invasoras de los Estados-Unidos. Ahora bien: ¿qué hubiera sido de la nacion á vuelta de algunos años? Debilitada y miserable; con un pasado de ignominia y un presente de infortunios, y sin mas porvenir que la esclavitud y la muerte, el mismo siglo que la saludó entusiasta en su cuna, hubiera impasible concurrido á sus funerales....!

Contra adversario tan poderoso, prevalecieron en esta vez la justicia de nuestra causa y el destino providencial de nuestra raza; y al fin México podrá adoptar la forma de gobierno que mas convenga á la índole y necesidades de su pueblo, y al bienestar y dicha de nuestros conciudadanos. Apoyados estamos no solo en nuestros derechos, como pueblo libre é independiente; sino tambien y de una manera muy

sólida, en la victoriosa bandera de la Francia, símbolo glorioso de la lealtad y civilizacion cristiana. ¿Qué nos importa, pues, desagradar á nuestros vecinos? ¡Sacrificaremos á sus ecsigencias y á su hidrópica sed de engrandecimiento el porvenir é independencia de la patria? ¡Oh, no! y mil veces, no! Porque si hoy llegasen á triunfar mezquinos temores ó intereses bastardos y nocivos, nuestra ruina seria segura, y segura tambien la pérdida de nuestra nacionalidad.

Queda, pues, demostrada la conveniencia, y puesta tambien de manifiesto la necesidad imperiosísima de establecer en el pais la forma de una monarquia moderada. Réstanos tan solo fijarnos en la persona mas á propósito para ceñir la diadema real de México. No vacilaremos en asentar desde luego, la absoluta imposibilidad en que nos hallamos de postular á mexicano alguno; porque si bien existen entre nosotros patricios muy recomendables y dignos sin duda del amor y reconocimiento de sus conciudadanos, ninguno en verdad alcanzaria nunca ese prestigio, ese encanto indefinible é inexplicable á la vez, que circunda á las familias reales de la antigua y civilizada Europa, y que las eleva y enaltece, por sus antecedentes y su gloria, sobre el comun del género humano. Además: la augusta magestad de un trono tiene algo que revela á la Divinidad, y que resplandece con ese brillo que participa del brillo y luz de los cielos; ¿y quién de nuestros compatriotas podria, sin deslumbrarse y sentirse presa de un vértigo, contemplar frente á frente ese foco de luz deslumbradora, y no desvanecerse al hallarse colocado á tanta altura? Reflexionemos por último, que una nueva dinastia régia creada entre nosotros; sin relaciones de afinidad ni parentesco con las casas reinantes de Europa; privada de la cooperacion y apoyo de ellas, y con intereses distintos de los intereses reales del mundo antiguo, no contaria con mas dias de vida, que los que quisiesen concederla nuestras propensiones y hábitos revolucionarios, y las fatales aspiraciones de una torcida y negra ambicion. Recordemos si nó al tan ilustre cuanto desgraciado Iturbide; y no olvidemos á este propósito, que nadie entre los mexicanos pudiera presentar mas gloriosos títulos al reconocimiento y respeto nacionales, que la magnánima y heróica víctima sacrificada en Padilla.

VI.

Apartemos, pues, nuestra vista de las bellas regiones de la América, y llevándola mas allá del occeano que nos separa de la culta Europa, fijémosla en las gradas del trono ocupado en otro tiempo por el inmortal Cárlos V. Allí, y mecido por las brisas imperiales, veremos crecer en toda su belleza uno de los mas hermosos y floridos vástagos de la antigua y nobilísima casa de Haspburgo: allí se nos presentará un hijo y heredero de cien reyes, grande como el mas grande de ellos, y descollando vigoroso por su inteligencia y sus virtudes: allí, por último, encontraremos al ilustrado, magnánimo y católico Archiduque de Austria,

FERNANDO MAXIMILIANO.

Y ¿quién mas digno de ceñir á sus augustas sienes la imperial corona de México? ¿Quién por sus virtudes, por su inteligencia y magnanimidad, mas á propósito para labrar la ventura de un pueblo grande, pero desgraciado? ¿Quién, en fin, por su educacion, por su fé y sus tradiciones católicas, mas acreedor á reinar en medio de una sociedad creyente, educada bajo la santa influencia del catolicismo, y cuya única tabla de salvacion ha sido el lábaro glorioso de Constantino?

....

....

....

Despues de la deshecha borrasca en que hemos naufragado, y en pós de la tormenta revolucionaria que todo lo ha destruido, el cielo va á enviarnos sin duda dias mas tranquilos y felices.

La fé es el sol de la vida, y nosotros tenemos fé en el porvenir. Dios ha tocado el cadáver, y el cadáver se ha levantado del sepulcro. ¿Estará México llamado, por el cielo para ser en la América el apóstol

de la civilizacion cristiana?........ Tengamos confianza en el Altísimo y en el destino providencial de nuestra raza!

Puebla, Julio 1º de 1863.

Rafael B. de la Colina.

Post-Scriptum.

Estando en prensa nuestro escrito, se ha recibido en esta ciudad la mas grande y fausta nueva. La Junta de Notables reunida en la capital de la nacion, ha proclamado Emperador de México á S. M. I.

FERNANDO MAXIMILIANO.

¡Gratitud eterna á esos buenos patricios!

¡Dios salve al Emperador de México!

Puebla, Julio 12 de 1863.

El Autor.

